

Oróspeda

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año I

Murcia 1.º de Diciembre de 1916

Núm. 1

PRESENTACIÓN

Es deber ineludible de toda publicación periódica que empieza, explicar al público su razón de existir, el objeto que pretende realizar y los fines que persigue: el por qué y para qué de su vida, algo así como su cédula personal y su programa. Nos complace cumplir con tan razonable obligación, y lo vamos a hacer en los términos más breves y precisos que podamos.

Al desear lo engrandecimiento de España han de contribuir, en emulación generosa, cada una de por sí con su individual esfuerzo, todas las regiones que la integran. De la prosperidad y progreso particulares de las regiones surgirá, como en otros tiempos, la grandeza y el adelanto de la Patria, madre común de todas. Es una verdad axiomática y análoga como las verdades matemáticas lo son siempre: la suma es de la naturaleza de los sumandos. Vigorizar los miembros equivale a robustecer el organismo. Si las regiones se engrandecen, surgirá la España grande que todos anhelamos.

Ahora bien; base indispensable y premisa obligada de la prosperidad de las naciones, es el desarrollo de su cultura. El saber y el trabajo son los únicos factores que elevan y dignifican a los hombres y a los pueblos. Ejemplos antiguos y modernos nos aleccionan de que, en la paz como en la guerra, sólo la cultura hace a las naciones ricas, fuertes é invencibles.

Es obra, por lo tanto, del más noble y plausible patriotismo y la más alta misión humana en la Tierra, fomentar el estudio y contribuir a la difusión de las Ciencias, de las Letras y de las Artes.

La bella región levantina, que forman las provincias de Murcia y Albacete y gran parte de las de Almería y Alicante, tiene

una unidad geográfica e histórica tan íntima y compacta, que en vano han tratado de fraccionarla vicisitudes políticas y arbitrarias divisiones administrativas. Su tradición, su carácter y sus comunes intereses destacan su personalidad del resto de las comarcas españolas, que no en balde delimitó la Naturaleza, con físicos valladares, la antigua región mastiane, colocándola entre las fragosas estribaciones de las Sierras de Segura y Alcaraz, los macizos montañosos de Ayora y de Biar, la yerma meseta de la Mancha de Montearagón y las rientes costas del mar latino.

A este ángulo Sudeste de la Península ibérica arribaron las primeras y más directas aportaciones de la civilización oriental y en nuestro suelo, virgen y fecundo, pronto encontraron medio propicio para aclimatarse y naturalizarse. En el siglo XIII, momento culminante de la gloriosa epopeya de la Reconquista, aquí confluyeron y se fusionaron, sobre el sedimento árabe, las dos corrientes más vitales de la Raza: la austeridad viril de Castilla y la tenaz impetuosidad de Aragón y Cataluña, la sangre altiva y generosa de Rodrigo Díaz de Vivar con la indómita y bravía de los almogávares catalanes y aragoneses. Por eso la característica de nuestra región es como una síntesis y compendio de todas las virtudes y vicios nacionales; y somos, en este sentido, el país más representativo de España.

Región predilecta de la Naturaleza, en que Amaltea vertió su cornucopia, haciéndola edén de flores y manantial de bienes, ha producido también en todo tiempo esas otras floraciones y tesoros espirituales, que son los sabios y los artistas, honra y gloria de la Patria. No hemos de intentar hacer alarde ni enumeración prolija de todos sus prestigios antiguos y modernos. Sólo diremos, según van acudiendo á nuestra memoria al correr de la pluma, que aquí nacieron sabios tan eminentes como Jorge Juan, literatos como Rodríguez de Almela, Saavedra Fajardo y Pérez de Hita; poetas como Ramírez Pagán, Polo de Medina, Castro y Anaya,

Arnao, el Marqués de Molins, Selgas, Monroy, Balart, Ricardo Gil; filósofos como el bachiller Sabuco; humanistas como Simón Abril y Cascales; historiadores como Coloma y el Conde de Lumieres; eruditos como Sempre Guarinos, el deán Martí, el P. Juan Andrés, Clemencín, el Marqués de Valmar, Baquero y Zeda; actores como Isidoro Máiquez y Julián Romea; escultor como Salzillo; pintores como Villacis y Orrente; músicos como Gaballero y Chapí. Y entre los contemporáneos tenemos prestigios tan sólidos como Altamira, Azorin, Miró, Medina, Canals, Maestre etc., por no citar más que unos pocos.

Hay actualmente un visible resurgimiento cultural en la región, acaso simple reflejo del que se está manifestando de algunos años a esta parte en toda España. Una de las muestras más importantes de este consolador y halagüeño alentar, es, sin duda, como efecto y causa sucesivamente, la reciente creación de la Universidad murciana, faro de cultura que ha comenzado a irradiar su luz por estas provincias, antes tan apartadas de los centros oficiales del saber. Ha sido un gran paso dado en nuestra lenta marcha intelectual.

Pero a la vez que nuestros adelantos y nuestras virtudes, debemos reconocer nuestros atrasos y nuestros defectos para poder corregirlos. Tenemos, en gran abundancia, hombres de clara inteligencia, de viva imaginación, de chispeante ingenio; pero somos apáticos e indolentes en grado sumo. Por desgracia o por ambiente, la laboriosidad no es virtud muy generalizada entre nosotros.

A causa de esta apática indolencia, sin duda, hemos carecido de otros medios culturales de que disponen ha tiempo regiones que no superan y acaso no igualan en importancia ni en valores intelectuales a la nuestra. Aludimos a publicaciones de índole científica, literaria y artística.

¿Habremos de demostrar la influencia poderosa que ejercen en la propagación del saber y hasta qué punto contribuyen a elevar el nivel intelectual de las gentes? ¿Quién no sabe que la cátedra primero y luego el libro y la revista, serios y científicos, son los grandes medios con que cuenta la sociedad moderna para aumentar rápida e indefinidamente su grado de cultura?

Con estos ideales y a llenar tal vacío, que en nuestra región se deja sentir, viene a la luz pública la Revista OROSPEDA.

Queremos estudiar y dar a conocer nuestras glorias pasadas y presentes, nuestra

Ciencia y nuestro Arte, rindiendo el debido culto a la Verdad, a la Belleza y al Bien.

Aspiramos, modestamente, a proporcionar a los hombres estudiosos, a los poetas, a los literatos y a los artistas de esta región una tribuna y un palenque, donde puedan mostrar dentro y fuera de ella el producto de sus desvelos y hacer gala de sus aptitudes e inspiraciones. Así estimularemos sus esfuerzos y difundiremos la cultura.

A la vez procuraremos traer de fuera cuantos adelantos y novedades científicos, literarios y artísticos merezcan saberse y admirarse, contribuyendo de este modo a la divulgación de los conocimientos útiles y agradables.

Tal queremos que sea nuestro programa y así entendemos nuestro regionalismo cultural. Se habla, con cierto encono y aire de anatema, de centralismo literario. Hay en ello evidente exageración. Los pueblos y las provincias que trabajan imponen a sus hombres de valor. Cuando éstos surgen, en Madrid es donde primero se hace justicia al mérito. Pero es necesario que las regiones afirmen y acusen su personalidad cultural, en noble y entusiasta emulación. Si se abandonan y languidecen en la pereza, ¿quiénes, sino ellas mismas, serán los culpables de su postergación y de su atraso?

El carácter regional que ha de ostentar nuestra Revista, hemos querido significarlo en su título. Sabido es que OROSPEDA fué el nombre con que se designó nuestra región antiguamente y en los primeros siglos de la época visigótica. Menciónala ya con este nombre Estrabón (III-IV-10) y, en especial, los cronistas Idacio (111, 419, 425, 441, 446) y San Juan Biclarense (577). Después tomó los nombres de *Aurariola* y de *Todmir*. No existe ninguna palabra moderna que exprese exactamente esta entidad geográfica.

No se nos ocultan las dificultades de nuestra empresa. Contamos, para vencerlas, con una buena voluntad y, sobre todo, con el favor del público, del que nos prometemos una acogida cariñosa, siquiera sea por los elevados y desinteresados móviles que nos animan.

El público, a quien nos debemos, habrá de decidir, por tanto, si son fundadas nuestras aspiraciones y si tiene razón de ser nuestra Revista.

Terminaremos estas líneas, dirigiendo a nuestros colegas en la Prensa, de dentro y fuera de la región, un afectuoso saludo de compañerismo y cortesía.



Nuestros colaboradores

Bajo los más felices auspicios aparece nuestra Revista, pues honra las páginas de su primer número con la publicación del notable trabajo que a continuación insertamos, debido al insigne publicista, académico y catedrático de la Universidad Central, DON ADOLFO BONILLA SAN MARTÍN, una de las mayores glorias de la mentalidad española contemporánea. Tan honrosa colaboración da al estreno de OROSPEDA importancia y carácter de extraordinaria solemnidad.

CERVANTES Y AVELLANEDA

A pesar del empeño de los eruditos, la personalidad de aquel «Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas», que publicó en Tarragona, el año 1614, el *Segundo tomo del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, continúa todavía sin descifrar. De las varias hipótesis formuladas, según las cuales Avellaneda fué el humanista alemán Gaspar Scioppio, o Fray Luis de Aliaga (confesor de Felipe III e inquisidor general), o Fray Alonso Fernández (historiador de la ciudad de Plasencia), o Fr. Andrés Pérez (el probable autor de *La Piedad Justina*), o el doctor Juan Blanco de Paz, o Bartolomé Leonardo de Argensola, o Lope de Vega, o Juan Ruiz de Alarcón, o Tirso de Molina, o el aragonés Alfonso Lamberto, o Juan Martí (el abogado valenciano a quien se atribuye la segunda parte del *Tratado de Alfarache*), o Fray Luis de Granada, o Gabriel Leonardo Albión Argensola y el Dr. Mira de Amescua, o el Duque de Sessa, unas han sido inmediatamente desechadas como absurdas, y otras (la de Fray Luis de Aliaga, la del Duque de Sessa y la de Alfonso Lamberto) no pasan de suposiciones discutibles. Lo único verdaderamente positivo que en estos últimos años se ha averiguado respecto del caso, gracias á *La imprenta en Tarragona* de don Angel del Arco (1916) y al artículo: *Aprobación verdadera del «Quijote» falso*, de don Antolín López Peláez (*Boletín de la Real Academia de la Historia*; Junio, 1916), es que el libro se imprimió efectivamente en Tarragona, en casa de Felipe Roberto, como reza la portada, y que los firmantes de la

Aprobación y de la Licencia (a 18 de Abril y a 4 de Julio de 1614, respectivamente) que el libro lleva, fueron personas de carne y hueso, que sin dula vivían en Tarragona por aquella fecha y ejercían los cargos que se les atribuyen.

Mientras no aparezca algún dato fehaciente, de carácter documental, el enigma quedará sin resolver, y sólo sabremos lo que de ambas obras (el *Segundo tomo* de Avellaneda y la segunda parte del *Quijote* cervantino) pueda racionalmente inferirse. A nuestro entender, como apuntamos ya en 1901, toda conjetura sobre el autor del falso *Quijote*, ha de partir de los siguientes datos:

a) Avellaneda fué un sujeto a quien Cervantes ofendió de algún modo en la primera parte del *Quijote* (1605) (Véase el *Prólogo* de aquél).

b) En la primera parte de Cervantes hay «sinónimos voluntarios» que alcanzaban a Avellaneda o que hubieron de molestar a éste. (Véase el susodicho *Prólogo*). La molestia fué tan grande, que Avellaneda, no sólo tilda á Cervantes de cobarde, de viejo, de murmurador, de envidioso y de mal contentadizo, sino que, en el capítulo 4.º, le tacha de llevar en la cabeza «dos plumas.... de la madera que hace diáfano encerado a las linternas».

c) Avellaneda era amigo y admirador ferviente de Lope de Vega (Véanse el *Prólogo* y los capítulos 11 y 27).

d) Avellaneda debió de ser, cuando no religioso, hombre versado en Teología. (En el *Prólogo* cita a Santo Tomás de Aquino, a San Juan Damasceno, a San Gregorio y a San Pablo; en el capítulo 1.º, alude al *Flos Sanctorum* de Villegas, a los Evangelios y Epístolas, y a la *Guía de Tecedores* de Fray Luis de Granada; en el mismo capítulo hace extraordinaria alabanza de San Bernardo, loando su grande afición á Nuestra Señora; en el 17, encarece la devoción del Rosario; y lo mismo en el 19 y en el 21; en este último menciona los *Sermones* de *El Discipulo* (Juan Herolt.):

e) Avellaneda conocía bien a Alcalá, y probablemente estudió en esta Universidad (cita, en el capítulo 22, la «calle de los Bodegonos»; en el 24, la «iglesia de San Yuste» y, en el 28, la «puerta que llaman de Madrid» y la «calle Mayor», describiendo ade-

más, en este último capítulo, costumbres escolares complutenses, y recordando, en el 23, por boca de Sancho Panza, una broma estudiantil que ya se describe en el *Guzmán de Alfarache*, en el *Buscón*, y en *La escolástica celosa* de Lope.)

f) Avellaneda conocía también a Zaragoza y era probablemente aragonés (Véanse los capítulos 8.º, 9.º, 10, 11 y 12, donde alude á la «puerta del Portillo», a una calle «de las de Ariza», al Coso, y a costumbres locales zaragozanas así como en el 14 se refiere a «dos canónigos del Sepulcro de Calatayud»). Por lo demás, el mismo Cervantes, en el capítulo 59 de la Segunda Parte del *Quijote*, califica de «aragonés» al escritor «fingido y tordesillesco» que se atrevió a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de su valeroso caballero.

g) Es muy probable que se refieran a Avellaneda las palabras del capítulo 1.º, libro IV, del *Persiles*, donde se alude á aquel firmante del libro del peregrino: «Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto á Valladolid.»

h) Avellaneda fué hombre de no despreciable ingenio, aunque de gran libertad de lenguaje. Su *Quijote* se halla a cien estados por bajo del cervantino; el ingenioso hidalgo aparece allí siempre fulto de juicio, y Sancho simple y tragón; las gracias son algo brutales y los chistes demasiado crudos, abundando las obscenidades (1). No obstante, Avellaneda no carece de inventiva, y el estilo de las dos novelitas (del *Rico desesperado* y de los *Felices amantes*) que intercala en su obra, es suelto y agradable, como el de algunos otros pasajes del libro.

* * *

Que Avellaneda fuese aragonés, parece cosa extraordinariamente probable. Son, sin embargo, bastante discutidos los arago-

(1) Véanse, por ejemplo, las páginas 20, 38, 55, 56, 70, 95, 100, 107, 122, 165, 196, 197, 201, 203, 216, 222, 234, 239, 251, 305 y 317, de la reproducción hecha en Barcelona, el año 1905, por la Librería de Toledano López y C.ª, con Introducción de M. Menéndez y Pelayo.

nesismos de su lenguaje (1). No pretendo analizarlos aquí; pero sí he de transcribir, siguiendo el texto de la reproducción barcelonesa de 1905, aquellos vocablos y giros que me han parecido menos comunes y que se encuentran en el *Quijote* tordesillesco:

«Cuorponon de Dios (pág. 9); tomar la mañana (9 y 321), muy de usiado de blando (20); de repapo (42); en salir de la cárcel (75); pidiéndola de su salud (por «preguntándola por su salud»; 145.; a la que se hizo de noche (132); partera (por parida»; 132); de manga (222); ¡ea ya, león! (253); si nunca la oiste decir (308); la gracia de Dios (frase empleada, según Sancho, en tierra manchega, para designar la tortilla de huevos y torreznos; 315); pasar zorriando (31); rehondido (57); desbuchar (59); reconocerse (por «volver en sí», 83); botica (por «tienda», 175); fragutos (bandoleros; 116); cribillado; (159); trepidar (por «temer»; 190); pescuda (por «pregunta»; 216); enhilar (223); decir con despego y zuña (249); consorte (por «acompañante»; 264); guitón (278); mala gana (por «dolencia»; 279); fanchico (282); perenal (286); enfrontar 304); sobrestante (329); remecer (317); repostona (317).

Fuera del catalanismo: *partera* (por *parida*), sólo pueden obtenerse de la anterior lista tres aragonesismos harto problemáticos. Los tres aragonesismos a que me refiero, son: *de repapo* (satisfecho, orondo); *mala gana* (dolencia o indisposición) y *en salir* (por «al salir»). El primero y el último se encuentran en un escritor aragonés, contemporáneo de Cervantes y harto digno de estudio: el P. Tomás Ramón, de Alcañiz, del Orden de Predicadores, Doctor en Artes y Teología, y Prior del Convento de Nuestra Señora del Rosario en Caspe (1533-1640) (2).

(1) Véanse, sobre este punto: el *Diccionario de voces aragonesas* de Jerónimo Borao Zaragoza, 1903, 2.ª ed.; la citada *Introducción* de Menéndez y Pelayo; A. Morel-Fatio, en el *Bulletin Hispanique* de Octubre-Noviembre de 1903; y G. W. Umphrey, *The Aragonese Dialect*, en *Revue Hispanique* (XXIV, 40)

(2) Véase, acerca de él, la *Biblioteca de Latassa*. El P. Ramón dedicó uno de sus libros, en 1616, a Fray Luis de Aliaga. Escribió, entre otros, el estrafulario volumen: *Nueva premática de reformation contra los abusos de los afeites, calzado, quelejas, guar-*

En los *Puntos escripturales* del P. Tomás Ramón (Barcelona, 1618), se leen, entre otros, los siguientes párrafos:

«Cuando vieres al grande, que lo llevan en una rica carroza,.... y él muy *de ropo* sobre cogines de seda, cercado de lacayos y pages...» (I, 6, 6).

«En tener un alma así presa y acosada, luego envía por ella a sus ángeles prestos.» (II, 11, 2). — «En oír que el verdadero médico de las almas y cuerpos había llegado..... sin dilación alguna acudieron.» (Idem—id.).

* * *

Muy probable es que la *ofensa* y los *sinónimos voluntarios* de que se lamenta Avellaneda, se hallen en el Prólogo y en los versos preliminares de la Primera parte del *Quijote*. Clemencín echó ya de ver algunas de las oscuridades e incongruencias en que abundan aquellos versos. ¿Quién es aquel Gandalín, homónimo del escudero de Amadís, que saluda en un soneto a Sancho Panza, diciéndole, con sintaxis notadamente *aragonesa*:

«Que a solo tú nuestro español Ovidio con buzcrona te hace reverencia?»
¿Quién aquél «Donoso», poeta *entreverado*, que pone en boca de Sancho los sibilícticos versos:

«Soy Sancho Panza, escude—
del manchego don Quijo—;
puse pies en polvoro—
por vivir a lo discre—;
que el tácito Villadie—
toda su razón de esta—
cifró en una retira—,
según siente *Celesti?*—»

Algo sabía quizás, acerca de todo ello, el incógnito Avellaneda, el cual, en el capítulo 35 de su obra, expone la resolución adoptada por Sancho de dejar á su señor y retirarse á su tierra, «tomando las de Villadiego».

Sea de ello lo que quiera, es un hecho que el libro de Avellaneda preocupó a Cervantes más de lo que a primera vista parece. Según la generalidad de los críticos, Cervantes no tuvo noticia de la obra de su rival hasta los tiempos en que escribía el capítulo 59 de la Segunda Parte. Por otro

lado, la Licencia del *Quijote* tordesillesco, lleva fecha de 4 de Julio de 1614, y la carta de Sancho Panza a su mujer, incluida en el capítulo 33 de la Segunda Parte cervantina, va fechada en 20 de Julio del mismo año. A pesar de la aparente imposibilidad material de que Cervantes conociese la obra de su rival antes del mes de Julio de 1614, hay tales coincidencias en algunos lances de una y otra producción, que inclinan a suponer algo más que una casual semejanza.

Así por ejemplo, en su capítulo 27, cuenta Avellaneda cómo don Quijote, presenciando en la posada la representación de *El testimonio vengado* de Lope de Vega, «cuando vió a la mujer del autor, a quien él tenía por su hija, tan afligida, por hacer el personaje de la Rei a a quien se levantaba el testimonio,.... se levantó con una repentina cólera, diciendo: «¡Esto es una grandísima maldad, traición y alevosía, que contra Dios y toda ley se hace á la inocentísima y castísima señora reina; y aquel caballero que tal testimonio le levanta, es traidor, fementido y alevoso, y por tal le desafío y reto luego aquí á singular batalla!...» Y diciendo esto, metió mano con increíble furia.....» Cervantes, en el capítulo 26, trae una escena semejante, cuando don Quijote, enardecido por la persecución de que es objeto don Gaiferos en el retablo de Maese Pedro, dice en voz alta que no ha de consentir se le haga superchería a tan famoso caballero, y, desenvainando la espada, pone por obra su resolución, desbaratando a toda la titerera morisma de la venta.

Avellaneda, en sus capítulos 32 y 33, cuenta que Sancho desafía al escudero negro, pero no quiere que empleen espadas, «porque el diablo es sutil, y, donde no se piensa, puede suceder facilmente una desgracia... Lo que se podrá hacer, si os parece, será hacer nuestra pelea a puros caperuza-zos, vos con ese colorado bonete que traeis en la cabeza, y yo con mi caperuza, que al fin son cosas blandas, y cuando un hombre la tire y dé al otro, no le puede hacer mucho daño...» Cervantes, en el capítulo 14, refiere el sabroso coloquio entre Sancho y el escudero del caballero del Bosque, donde aquél se niega a pelear con espada, ni otra arma que cause daño, admitiendo sólo la riña a

dainfantes, lenguaje critico, moños, trajes y exceso en el uso del tabaco (Zaragoza, Diego Dormer, 1635).

talegazos, «porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos».

No son éstas, ciertamente, las únicas sorprendentes semejanzas que pudieran notarse; pero bastan para sospechar, que la relación entre ambos *Quijotes* es más íntima de lo que se ha supuesto, y que la hipótesis de que Cervantes desconoció la personalidad de su rival, resulta cada día menos probable.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

DEL ENSUEÑO Y DE LA GUERRA

Diálogo casi monólogo

—Ven acá, ensoñador incorregible: el socialismo con su pacifismo ¿qué se hicieron?

Qué fué de tanto galán,
Qué fué de tanta invención
Como trujeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
Fueron sino devaneos?
Qué fueron sino verduras
De las eras?

Ya podemos cantar en buen castellano estrofas de este *memento* del siglo XV a los sueños del siglo XIX. Cura de tus engaños, amigo mío, los idealismos se desvanecen siempre ante la realidad brutal de los hechos que tienen su raíz en la animalidad humana: sobre el pensamiento con sus construcciones está el vivir, que es acción, y acción por la vida, que es lucha, guerra.

—¿Y si, por acaso, mi buen darvinista, pragmatista, la postergación del socialismo con su pacifismo, que dices tú, esa postergación por la guerra, representara precisamente lo contrario de lo que crees, y fuera la postergación de la mera aspiración a un buen vivir por un heroico ideal que el socialismo pacifista y no pacifista ni sentir supo la sed de buscar, quizás porque a fuer de sueño senil, no fué bastante sueño?

Allá en tiempos en que el comunismo se confesaba «Utopía» era su sueño «La Ciudad del Sol»; acá las grandes figuras de los más soñadores comunistas del siglo XIX forjan «La Conquista del pan» y «El derecho a la pereza»: esos sí son sueños, sueños infecundos; han excluido la aspiración filosófica y religiosa de los tiempos de la «Utopía», han querido apagar los luminares del Cielo o no han contado con ellos, son la castración del Cielo, de la CIUDAD DEL SOL y del Misterio! Sueños quedarán siempre, no porque

sueños nacieron, no; sino porque fueron sueños menguados, indignos del ensueño de todo un hombre y pequeños para ser el ensueño de todo el hombre. ¡No abortaron por ser sueños, por ser idealismos, no y mil veces no; el ensueño era necesario: los ensueños de la Astrología precedieron a la Astronomía, las caliginosas utopías de los alquimistas a los progresos de la Química, las intuiciones de Rogerio Bacón a los inventos de Papin, las oscuridades de Hesiodo al deslinde didáctico de Aristóteles, la misteriosa leyenda en los pueblos toda a su futuro saber analítico, de esas manchas del cielo vaporosas, de un blanco lechoso y de forma nada simétrica, germinan y brotan miles de simétricos mundos, y en sus pálidos albores se columbra el éter dispersando luz, y surge de una confusa nebulosa aquella majestuosa y eurítmica armonía que tuvo que ensoñar primero la intuición de Pitágoras, el metafísico-poeta, para que luego la descubriera el talento puramente científico del matemático Newton: las nebulosas son y serán siempre la morada de la esperanza, pero ¡ay de una esperanza cuando tiene por nebulosa el humo de un horno donde se tueste pan para todos o las hilachas de algodón o lana con que confeccionar los cojines de los sillones donde la Revolución nos dé el derecho de sestear! El socialismo ha sido el palo con que azotar a la burguesía o azuzar al proletariado, y debía ser, ante todo y sobre todo, la vara de Moisés con que golpear el árido peñasco de Horeb de la vida social real para que en su seno se estremeciera el agua viva y brotara enfecundo manantial del cual todos bebieran.

En nuestra vida, en época de paz, de lucha normal por la vida, de amores raquíuticos, de odios velados, de pinchazos por la espalda, la sociedad de hoy se aja y acorcha, y necesita el oro de lo heroico, de lo franco, violento aunque sea, con tal que á trueque de astuto.

El socialismo no le habla de sol y de misterio, ni luces ni brumas pone en su alma, no ha abrazado la integralidad humana, ha tomado al *homo oeconomicus* por el hombre, y así, no abrazando la integralidad humana, no se ha convertido en herencia social: los socialistas han organizado sociedades, muchas sociedades, en determinados ambientes.

sociales se ha incubado socialismo, pero la sociedad una, organismo total, no ha engendrado socialistas, y así las asociaciones socialistas, parto de individuos, han claudicado ante el patriota, viril engendro de la sociedad, producto de una herencia secular, y el *Kriegslust* de que nos hablaba en el siglo IX Eginardo, ha hecho semejar habladurías los *ismos* de nuestro siglo, poco ideales para ser bien concretos, faltos de íntegra pureza del pensar y de integralidad del pensamiento para ser ideas-fuerzas o realidades avasalladoras; y la sed de ideal no satisfecha se fué trocando en brutalmente rabiosa, y esa paradoja del pensamiento, la forma brutal de la idealidad, es en la realidad anecdótica la guerra europea del siglo XX; el individuo sacrificando esforzadamente su *yo* particular por la patria: la victoria del sentimiento colectivo sobre la sensualidad egoísta: la guerra por la patria, que es siempre una victoria, la victoria de la fusión de la tradición y la esperanza sobre la amalgama de la rutina y la concupiscencia; la guerra que es el más fuerte nudo de amor entre un grupo de hombres que nunca se aman tan fuertemente como cuando se sienten unidos por rabioso odio contra otro; misterio de iniquidad engendrando amor; amor a la tradición y a la esperanza encendiendo odio; cultura para la muerte y matanza para la cultura; la guerra, rayo que abrasa pero deslumbra, que mata, pero sin estar contaminado, cuya matanza tiene no sé que de investidura de cumbre divina...

¿Has sentido nunca ese vendaval de los picachos en el Programa de Erfurt de 1891, en la Asamblea de Leipzig de 1909? ¿Recuerdas, amigo, aquellas palabras de Bebel «El Estado Patria se suprimirá para dar lugar a un organismo administrativo con la única y exclusiva misión de dirigir la producción y el cambio de productos»; aquellas matemáticas de Hertzka, destinadas después de un complicado cálculo, a probarnos que todo bien arreglado, con dos horas y media de trabajar cada día habrá bastante? ¿Recuerdas el plan de Atlantikus? Bastará que los varones trabajen de los 17 a los 27 años y las mujeres de los 15 a los 25; pasada esa edad, unos y otros irían cobrando como renta vitalicia aquellos sus marcos que cobraban como remuneración, y entonces á casarse, y sus cuerpos no tendrán que sufrir otras fati-

gas que las más o menos placenteras de un matrimonio duradero a voluntad. La maquinaria—dice Stern—reducirá el trabajo a la mínima expresión, y todo el que demuestre haber realizado la parte de trabajo que le corresponde, tendrá derecho ilimitado a todos los artículos de consumo, y en la cantidad que le sea necesaria o conveniente. Tomará sus vestidos de los almacenes públicos, comerá lo que quiera en el hotel, o si así lo prefiere, en una confortable habitación de su casa particular, que estará en comunicación con el hotel público por medio de teléfono, o de cualquier otro procedimiento que pueda inventarse, y de él podrá recibir con toda comedidad los manjares que desee, ya preparados o que podrá mandar preparar ó que él mismo preparará en su casa, adquiriéndolos en los almacenes. «Ya no queremos como los sansimonianos—dice Stern—sencillez en los vestidos, moderación en las costumbres y honestidad en los placeres; nosotros solicitamos néctar y ambrosía, mantos de púrpura, perfumes costosos, comodidad y magnificencia, danzas de ninfas sonrientes, música y espectáculos teatrales»; «se deja el cielo para los ángeles y gorriones»—como decía Bebel repitiendo á Heine—y aquí queda el socialismo con el ideal de «pan en abundancia y rosas, y mirra, y bellezas, y goces, y confites»...

Si en tamaños modelos y semejantes dechados de ideal el socialismo apasta y abreva su grey, ¿qué es de maravillar que ésta un día se esparza y descarríe, y se le pierda por otros campos de flor eterna vestidos, regados con rocío del Cielo ó con sangre de guerreros, pero siempre vestidos de flor? ¿Por qué en éstos, si propios no tenía, no plantar el socialismo sus tiendas?

—Guarda, amigo: Jesucristo mismo nos enseñó que nunca echáramos vino nuevo en odres viejos, «que con él—nos amonesta—se rompen los odres y se vierte el vino; el vino nuevo hay que echarlo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro».

--Pero crees tú que un ideal es jamás un odre viejo? ¿No serán mejor los odres viejos, las capas suberosas de que se envuelve en su acorchamiento toda institución, aunque divina sea su semilla, cuando ha siglos que las raíces del árbol nacido chupan de la apelmazada tierra de los humanos?

PEDRO FONT Y PUIG.

Cuentos de "Oróspeda,"

Como sección literaria fija, esta Revista publicará en todos sus números un cuento selecto e inédito de escritor ya consagrado o de autor novel de mérito relevante. Inaugura esta sección el ilustre escritor cubano, notable novelista y dramaturgo don Alfonso Hernández Catá, con cuya colaboración se honra ORÓSPEDA.

SUCESO

AL subir, la portera le dijo:
—Segundo derecha; están puestas las llaves.

Y él subió penosamente las escaleras, dejando sentir su peso a cada uno de los peldaños que no pensaba descender. La puerta estaba entornada y exhalábase del piso vacío olor a pintura fresca. Largas tiras de papel á medio arrancar daban á las paredes del pasillo aspecto calamitoso. El pasillo era oscuro, pero a su término viva luminosidad hacía presentir el júbilo de habitaciones amplias. Un gesto de alegría animó la cara del visitante cuando vió las cañerías del alumbrado internarse en la casa, gesto que se trocó en rictus de contrariedad al oír el murmullo de voces que salióle al encuentro.

Desde que la decisión había sido adoptada, una muelle tranquilidad mecía su espíritu agravándole, por contraste, las torturas de la lucha anterior, el desgaste y el sufrimiento de aquellas innumerables incitaciones hacia la muerte y hacia la vida. Las vicisitudes de su existencia dificultada por prejuicios de clase, por la ineptitud,—fruto de una infancia regalada y del abandono a juveniles instintos de mollicie que habían

hecho de su cuerpo una ruina sólo comparable a la de su voluntad, todas las alternativas que precedieron a su resolución aparecíansele ahora lejanas, desprovistas de violencia. Considerábalas con esa conmisericordia pasiva y melancólica que nos dictan las zozobras ajenas, mejor aún las de personas que sufrieron en épocas anteriores y cuya anterioridad no logra destruir la virtud del escritor que las fija ó del narrador que las evoca. Como las voces se percibían muy próximas á la habitación donde él se había detenido, acercóse á una de las ventanas para velar el momento oportuno, y al pasar cercioróse de que la escalera todavía estaba en el pasillo, de que el trozo saliente de tubería era recio y podía resistir su peso. Desde la ventana gran parte de la ciudad se expandía en una sucesión de tejados, de torres, de perspectivas confusas nimbadas por la luz dorada de la tarde; y él veía serenamente la ciudad, sin rencor, sin recordar los tumultos, las sórdidas potencias que bajo quel aspecto plácido habían minado y rendido su vida.

Las voces se alejaron. Entonces, con sigilo, cargó la escalera erigiéndola en el centro de la habitación, sacó del bolsillo un largo cordón verde é hizo en él dos nudos corredizos. Realizaba todo esto de una manera pausada, satisfecho de haber hallado fórmula que supliese la desfiguración monstruosa del disparo de arma de fuego ó el magullamiento producido por una caída desde grande altura, por un aspecto no sabía bien si grotesco si humilde. La conciencia de esta coquetería póstuma le hizo sonreír. Las voces se fueron acercando poco á poco. Estaba subido en el primer travesaño de la escalera, y sin saber por qué como si ya nada pudiéna importarle, se interesaba por las dos voces que le venían á coartar la

única acción que pensó ejercer sin obstáculos. Una de las voces era reposada, la otra alocada y fresca, con timbre de risas juveniles. Quiso concluir de pronto y subió dos travesaños más. Una dama y una señorita entraron en la habitación.

Fué un momento angustioso para él; por intuición rápida comprendió que aquello retardaba indefinidamente su designio; y ante las dos mujeres que lo miraban sin sorpresa, él tuvo la impresión inefable de un rubor espiritual. Como un relámpago pasó por su mente el propósito de concluir con rapidez, con brutalidad a la vista de las dos mujeres. Sus brazos se alzaron hacia la cañería; pero la sonrisa casi infantil de la muchacha los hizo tenderse otra vez á lo largo del cuerpo. El imperio de esos instintos artísticos y éticos, larvados á veces en nosotros á espaldas de nuestra conciencia, le hizo desistir. Ya tendría tiempo de matarse: la voluptuosidad de la Muerte, como la del Amor, sólo se goza plenamente sin testigos, en la penumbra, en el silencio.

Como los espíritus de las dos mujeres estaban henchidos de amor a la vida, al través de un prisma vital vieron los dos brazos tendidos y juzgaron el movimiento simple acción del trabajo, sostén y carga de la existencia. La joven, irreflexiva y comunicativa, afirmó:

—Usted es el papalista, ¿verdad? Lo adiviné enseguida, y tengo que pedirle muchas cosas, así que prepárese. Al principio tuvimos miedo de que fuese alguien deseoso de alquilar la casa: como todavía no hemos firmado el contrato...

La anciana interrumpió:

—¡Tú que sabes, mujer! ¿Qué va á decir este buen hombre de una señorita que empieza pidiendo? Y además, que quizá no sea el papalista; merecías haberte equivocado.

Él, que habia tomado ya su partido, respondió:

—El papalista soy. En cuanto á pensar mal de la señorita... Lo que siento es no serle todo lo útil que quisiera.

—¿Cómo que no puede serme útil? Enormemente útil; venga acá, venga acá. Usted podrá colaborar con el sol para hacerme la casa alegre como conviene a todo nuevo matrimonio. Hay que entrar en la vida con alegría. ¿No le parece á usted? Yo soy enemiga jurada de la tristeza. Vamos, le voy a ir diciendo lo que quiero.

Y comenzaron á recorrer las habitaciones. A cada momento la señorita se detenía para decir: «Aquí un papel azul muy tenue» ó «Esta habitación verde nilo, con el zócalo color nogal y el cielo raso también en claro». El transigía con la cabeza. La señora marchaba detrás, diciendo de tiempo en tiempo con su voz asmática: «Es una chiquilla... A quien se le ocurre casar á una chiquilla así; y algunas veces se llevaba el pañuelo a los ojos disculpando la ruidosa alegría de la que poco después iba a dejar de ser suya para ser de un hombre, casi de un desconocido, con el recuerdo muy lejano de la noche en que ella abandonó la casa de sus padres... Ningún detalle quedaba inadvertido para la señorita. En la alcoba, después de vencer un delicioso rubor, sus instrucciones fueron más prolijas:—

—Aquí sí quiero que haga una obra de arte, una obra de beneficencia. ¿Verdad que usted comprende la importancia de poner un aspecto risueño en donde, tal vez, han de nacer y de crecer los hijos? Hay en esto una gran transcendencia; no te rías, mamá. Donde pueden aprender a pensar los niños debe haber tonos agradables que no les anticipen prematuramente esas sombras que dice... que tanto abundan en la vida.

La madre sonreía; él también sonreía, gravemente. Con volubilidad, la señorita finalizó:

—Ya sabe usted que cuento con ser obedecida; y así cuando hasta en los días lluviosos nuestra casa no nos parezca triste, nos acordaremos de usted... Y no se preocupe del precio; no nos tiene que decir que todos los caseros son unos miserables. Usted lo deja todo á mi gusto y luego viene

a verme, ¿verdad mamáita?... Pero ya es de noche y no es hora de trabajar; la noche es sólo para los serenos y para los señoritos ricos. Ahora cierra usted detrás de nosotras y baja enseguida. Tiene usted cara de demasiado trabajador, y trabajar mucho no es saludable... No, no nos engañe: esperamos en la puerta para verlo bajar. Usted es muy capaz de quedarse aquí hasta Dios sabe cuando.

Sumiso descendió detrás de ellas y en la puerta se despidieron; pero él, sin saber para qué, la fué siguiendo al través de las calles, esperándolas en las puertas de las tiendas en donde entraban a comprar..... Andaba sin pensar en nada, prendida la voluntad en la oración de aquella mujer que quizá no se acordara ya de él, que de seguro no sospechaba la inocente persecución. Hacía frío y su diestra se distrajo en arrugar dentro del bolsillo un papel que luego rompió en pequeños trozos para dejarlos poco á poco en la longitud de la acera. Al tirar uno de los últimos pedacitos se detuvo atónito: Había roto la carta destinada a decir al Juez su voluntad de abandonar la vida. En el primer momento éste le pareció un conflicto horrible; luego encogióse de hombros y siguió la marcha. A quel paseo era un paréntesis de inconsciencia, mas él sabía que en lo más interior de su alma la decisión de morir encogíase hipócrita y retráctil, como un muelle. Sabía que aquello había de ser, y que no debía ser en la casa vacía. ¿Qué importaba su coquetería póstuma, si era incompatible con la gratitud debida á la mujer que, tan inesperadamente habíale regalado unos minutos de dulzura? Hubiera sido fácil burlar la vigilancia de la portera y volver á la casa; presentía el horror del suicidio en plena calle, entre la curiosidad cruel o la estúpida conmiseración de las gentes. Mas a pesar de su repugnancia, a pesar de la sombra propicia del piso vacío, no sería allí, no sería allí.

Al final de una avenida, las dos mujeres se detuvieron un momento, luego cruzaron y se perdieron en la lobreguez de un por-

ta!. El quedóse absurdamente extrañado de que aquello que debía suceder sucediese, acercóse al zaguán y no vió nada; la noche era oscura y otra vez sintió en torno la vasta indiferencia de las cosas. La decisión que había estado cohibida por la presencia de las desconocidas, irguióse de súbito en su espíritu y lo llenó todo. A lo lejos venía un tranvía; su campana gritaba con insistencia sobre el murmullo de las gentes. Se arrojó contra él y antes de desaparecer bajo la mole, pensó involuntariamente en un girón de papel que, en la casa vacía fingía la silueta de una cabeza de león. Gritos de espanto turbaron la afanosa paz de la calle.

El tranvía se detuvo dejando muy detrás el cuerpo sin vida. Al calofrío de angustia sucedió esa creación, de continuo repetida, en que los hombres después de una catástrofe sienten la necesidad de buscarle un autor tangible para descargar en él su vida. Muchos transeuntes se dirigieron al vehículo con frases hostiles y puños crispados. Todos los viajeros querían salir a la vez y dominando sus gritos el conductor, entre sollozos suplicaba:

—¡Que tengo tres hijos... Quédense á declarar, señores... Todos han visto que fué él quien se tiró... Tengo tres hijos, tres hijos; el mayor de seis años!

Gentes con luces custodiaban el cuerpo que se había recogido hasta guarecer entre el vientre y los muslos el fracaso de la cabeza, bajo la cual mantenía el rostro un gesto de presentimiento de dolor. Varios hombres corrieron en busca de los guardias. El conductor seguía clamando:

—¡Todos han visto que fué él, quédense a declarar señores, que tengo tres hijos!

El murmullo de conmiseración fué ensanchándose en torno suyo, y algunos comenzaron a atestiguar su aserto. Los viajeros se agruparon a un lado, indecisos, sólo preocupados de no gravitar sobre el coche, como si todavía tuviera éste bajo sus ruedas los despojos humanos. Del grupo, un caballero que conducía á una señorita destacóse. Era alto, fornido, la carne de su cuello re-

basaba del de la camisa. Iban vestidos de etiqueta; él con perlas en la pechera, ella con un vestido color malva que la ceñía dándole un aspecto frágil y casi fluido á la vez. Poco á poco el caballero se fué apartando, y se esforzaba por apartar también á la muchacha que, alucinada, no dejaba de mirar al sitio donde el cadáver aún parecía rehabilitarse por algunos movimientos convulsos, y con voz pastosa de tedio, le decía:

—Ven, vámonos. ¡Esa gentuza... Ni siquiera para matarse dejan de ser groseros!

La señorita tuvo un largo temblor, oprimió el brazo que la sostenía y debatióse en una congoja. Lloraba, lloraba. Con acentos irascibles el caballero persistió:

—Si no nos vamos, nos harán ir á la comisaría, nos marearán... ¿A qué viene llorar así?

Pero la señorita seguía llorando con creciente dolor. Las lágrimas nublaban sus ojos grandes, ingenuos y azules, que en diez y ocho años no vieron nunca de cerca un drama; y el caballero obstinábase en no comprender por qué no podía cesar de llorar aquella señorita—tal vez su hija—, que habiendo salido de su casa hacia un baile, se había encontrado con la Muerte.

A. HERNANDEZ CATÁ.

LA MANO DEL CABALLERO

Álida y limpiamente se entra por Toledo esta vez el mes de Mayo. Hay en el azul una tersura que encanta, y las aguas del Tajo, al deslizarse cabe el puente, tienen un leve murmullo de garganta ávida que está apagando la sed.

Este caballero pálido—de una palidez que se diría livor a veces—acodado en el pretil del puente, oye el susurro leve de las aguas del Tajo, y ve urdir a las golondrinas un laberinto de vuelos al frescor de la sombra húmeda. Por un largo espacio tiene asendada allí la atención; después, su figura doblada se va enderezando, y con una perezosa lentitud sube a la ciudad y penetra por las angostas calles.

Sobre las baldosas se sienten caer los pasos del caballero, despertando un eco casi imperceptible. Es un eco que suena sólo para dar relieve al silencio augusto de las calles solitarias.

El caballero cruza un pequeño jardín de rosales y madreselvas. Como da el sol muy de recio, ha tenido que apresurar el paso; salvando tres o cuatro peldaños, llega a una puerta entorna-

da y empuja. Su mano elegante, aguda, pálida también, ha estado un momento sobre los cuarterones de la puerta. Los ojos se nos van ya detrás de la noble mano, en que por acaso los fijamos antes, y advierten cómo ciñe, acariciándolo, el pomo de la espada.

Ha penetrado el personaje en un zaguán; ha torcido a la derecha, y atravesando una breve estancia, ha salido a un patio cubierto, desde donde se torna a ver el jardín empapado de sol. Alguien apercibió en el patio un sillón hospitalario. Sentado en él, con las piernas y las manos cruzadas, el caballero se abisma en un mar de melancolía, que mana de sí mismo y lo invade todo inexorablemente.

Mayo y el sol, en cambio, mienten por todas partes una sensación de placidez meridional; por todas partes, menos en el corazón que se está viendo a través de esos ojos tan abiertos y tan tristes.

Ellos saben que, sobre la gris estepa castellana, es mentira la risa de las rosas, la canción de un surtidor que no muy lejos fluye quedamente, y el alborozo de una esquila conventual que quiere efundirse en la tersura del cielo.

Y lo consideran todo con esa amargura mansa de que están apenumbados.

Porque otra vez gozaron el advenimiento de Mayo bajo el cielo de Toscana; y ahora está surgiendo la voluptuosa evocación: Un atardecer lánguido, de color de pulpa de fruta, que se imaginara gustable, degradándose y fundiéndose con el intenso azul. Unos dulces y suaves cipreses que se ostenden íntegramente a través de la luz de esa hora, la hora suya. Unas palomas blancas y raudas—dardos con ritmo de corazón—que hienden el aire cenital. Y la figura femenina que sobre una balaustrada de mármol, contempla su silueta trémula en los cristales del Arno que pasa.

Y en Toledo abruma el gris predominante de Castilla; gris de cielo oculto, de piedra ingente, de llanura sin límites; gris que agobia el verde en la vega, y aquí hoy, ante unos ojos alucinados, parece que flota como en una sutilísima polvareda, empañando la lozanía de las rosas del jardín, apagando los cambiantes del surtidor, y ensombreciéndolo todo, al contraste de la evocación exótica, para que la esquila taña su son de júbilo vernal, irónicamente.

Eso. Un son irónico que despierta como una lumbrecilla de burla en los ojos del caballero; una lumbrecilla que se hace diabólica dentro de unos ámbitos tan llenos de melancolía.

Se oyen unos pasos medidos. El caballero se yergue y aguarda. Otra vez su mano elegante y aguda nos cautiva. Va a pararse en el pecho, y sobre la negrura del terciopelo, queda, mate y magnífica, en una eterna inmovilidad. También le ha transido el gris fatal de Castilla, que nada sustrae á su imperio.

Domenico Theotocópulos, el dueño de la casa, llega en este punto.

JOSÉ BALLESTER.

POETAS EXTRANJEROS

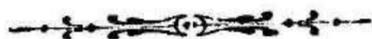
LIRA LUSITANA

NOCHE DE FUEGOS

(DE EUGENIO DE CASTRO)

Esta Revista publicará en cada número una sección dedicada a los poetas extranjeros de más alta y reconocida personalidad literaria, de cuyas traducciones serán encargados otros distinguidos poetas españoles, acreditados por su buen gusto y por sus firmas populares.

Hoy comenzaremos esta sección habiendo tenido la suerte de que la inicie el eximio poeta cartagenero don Miguel Pelayo, cuya inspiración siempre sorprendente y cuyo exquisito arte, lo ponen en la primer línea de nuestros poetas contemporáneos.



Casamiento real. Un día de turquesa,
El cortejo. La novia, una blanca Princesa,
flor rosada de una diáfana hermosura;
trenzas de oro tostado, ojos de ágata oscura,
frágil como un jazmín que estremece la brisa;
de un delicioso esmalte la boca toda risa;
constelada de gemas—collar, pendiente, bro-
(che,—
emerge, nivea, sobre el carmesí de un coche
mandado construir por el Rey don Juan V.
Rubio como los áureos racimos de Corynto,
parece nuevo el sol, eterno y esplendente.
Intensa algarabía. Dos hileras de gente,
abigarrada, cruza la carrera; el cortejo
camina lentamente, con el vivo reflejo
de un claro fulgurar de oros y de brocados.
Pajes con finos rasos; cabellos anillados;
rubios perfiles reales; princesas sensitivas;
espumosos volantes; bocas incitativas;
marquesas, cortesanos y príncipes triunfales;
albas damas de honor; heraldos; oficiales;
nobles; el Cardenal cen preseas moradas;
espléndidas libreas de armiño galoneadas....
Todo esto pasa en una extensa serpentina,
mientras la tarde azul y dorada declina,
y vibra fragoroso, con brillos aurorales,
el metálico son de las bandas marciales.
Muerto el sol, a la noche, en cenit de escabiosa,

va el pueblo, en una onda extensa y curiosa,
al Terraplén, a ver los fuegos de artificio.

Me uno también a la onda.

La honestidad y el vicio;
las faldas relucientes y los trajes manchados;
tristes rostros lascivos de albayalde pintados;
virginales semblantes de albos tonos de cera;
bocas descoloridas, bocas de primavera;
cabelleras endrinas y trenzas encrespadas;
manos mendigas, manos patricias, enjoyadas,
el misántropo; el padre; la costurera honesta...
Todo lo que una urbe enorme como esta,
contiene en las entrañas de su disforme vien-

(tre;

todo lo que reside, pulula y vive entre
sus jardines, sus barrics, sus parques y glo-

(rietas,

desde sus Faustos hasta sus carroñas secretas
desde el rico banquero al más ruin ladrón-

(zuelo;

desde el recuerdo en flor al pensar sin con-

(suelo.

Todo eso despobló Lisboa, y marcha ahora
en vaga y polulante voráGINE sonora;
en incoherente mezcla, el maridaje impuro.
Un enjambre de astros en el azul oscuro,
con su fulgor inquieto cercan la luna plena
como abejas de plata rondando una colmena.

Comienza el fuego.

Por la atmósfera, disforme,
cual surtidor de llamas, elevase una enorme
crencha, que flameante y vivaz se deshila
en llanto de esmeraldas, en botones de lila,
en gotas de diamante, en rocío escarlata.

Grandes y luminosas serpentinas de plata
surcan el cielo en locas danzas zigzagueantes,
tras sí dejando otras culebras humeantes.
y alumbrando un momento la población

(sombria

con tal intensidad que parece de día...

Se apagan de repente los reptiles radiosos,
y Lisboa se envuelve en los pliegues unbrados
de una impenetrable penumbra de negruras;
suben de nuevo al cielo imprevistas alburas,
nuevas sierpes de luz y otra vez la ciudad
surge en epitalámica y nívea claridad.

Y torna á sumergirse en su habitual penum-
(bra!

Huele a pólvora. El humo sube. El cielo des-
(lumbra.

En rubicundos rayos la floresta se enciende.
De una banda el clangor se alza al aire y lo
(hiende

con grandes vibraciones metálicas de cobre.

Una cárdena nube tiende su aljófara sobre
la luna, envuelta en láctea palidez de algodón.

Truenan los morteretes. El humano turbión,
cruzan, tumultuosos, epilépticamente,
en una batahola, enervadora, ardiente,
murmullos, gritos, risas, imprecaciones, llan-
(to.....

Y yo observando voy los grupos entre tanto.

Harapientos mendigos de aspecto nauseabundo,
absortos, silenciosos, de hosco mirar pro-
(fundo;

ladrones embrionarios, pervertidos y arteros,
circulan, pensativos, en torno a los tableros
donde hay quesos de Cintra, habas y paste-
(lillos.

Un impostor, escuálido, en los sucios corrillos
expone, pedantesco, su programa político,
y habla de esclavitudes con gesto apocalíptico.
Reina y ministros son anatematizados,
y abriendo y entornando los ojos extraviados
furiosos y fatídicos, de sus odios arietes,
dice: «El pueblo tiene hambre y el Rey le
(echa cohetes».

La atmósfera se tiñe con un celaje blanco.

De pronto queda un puesto disponible en un
(banco;

lo ocupo junto á un hombre de juvenil figura
y una alegre muchacha de sublime hermosura
en cuyos brazos duerme un lindo pequeñuelo,
forman una familia modesta, pero un velo
de limpieza decora su aspecto, delatando
que disfrutan de holgado pasar, libres go-
(zando

una vida feliz sin estrechez ni enojos,
el corazón en flor, llenos de luz los ojos,
amando con amor dulce y confortativo.

Y yo de esos anhelos a la sazón cautivo,

sufriendo tus desdenes, morena flor temprana
cuyo negro mirar mi vida no engalana,
empiezo a construir castillos soñadores,
absurdamente bellos de luz y de colores.
Sueño una blanca casa de campo junto a un
(río,

donde contigo, al fin, amado dueño mío,
cultivaría rosales y compondría idilios,
celebrando en abril los alados concilios
de la abispa en radiantes vaticanos de flores,
bajo un cielo irisado, colmado de fulgores.

Sueño (y de luz diáfana inúndase mi sér)
en tus dulces caricias, que no he de poseer,
sueño que vas conmigo en campestres paseos,
oyendo de la fuente el canto, los gorjeos
de las aves celestes y las canciones ledas
que murmuran las brisas entre las arboledas.
En tanto me domina el deseo ambicioso,
de imitar en un verso, en un verso glorioso,
tu voz leve de intensos, armónicos acentos,
voz soñadora, suave y llena de lamentos,
voz soñolienta que es morena que me enervas,
como llantos de arroyos sobre las frescas yer-
(bas.

Despierto de repente de esta mi ensoñación,
al llorar afligido, sofocado y tristón,
de una boca infantil. Miro y veo en el suelo,
acostado de bruces, llorando un pequeñuelo.
Apenas representa dos años la criatura,
rubia como un faisán y de nívea blancura.
Alzándome levanto la criatura caída,
le limpio el trajecito, la faz humedecida
por el llanto, y espero, atentamente, alguno
que la recoja. En vano espero, pues ninguno
aparece, ni nadie reclama al pequeñuelo,
que se retuerce en llanto lleno de desconsuelo.
Comprendo que perdida está la chiquitina.
No sé qué hacer con ella.

En esto mi vecina
dice al marido: «Juan, la niña puede que
tenga hambre. Es muy posible. Mírala. Fíjate
como tiene el semblante pálido y macilento.
Tena nuestro pequeñuelo en brazos un momento.
Y alzando con sus manos redondas, de ala-
(bastro,

a su hijuelo dormido, dorado como un astro
en brazos del marido lo deja con ternura.

Luego, resueltamente, me quita la criatura,
y con un noble gesto, maternal y sentido,
bajo la luminosa alborada lunar,
le compone, amorosa, el humilde vestido,
desabrocha el corpiño y le da de mamar.

MIGUEL PELAYO.

BOCHE

PARA D. LEONCIO MOLINA

soldado francés, herido en Verdún

DESDE los comienzos de la actual guerra europea, viene empleándose en la prensa francesa el vocablo *boche*, como término despectivo para designar á los alemanes y cuanto con ellos se relaciona. La palabra, rara al principio, hizo fortuna rápidamente; su uso se generalizó, y á poco empezaron á presentarse formas derivadas de ella: *bochard*, *bochier*, *bochiste* etc. Todo aquello que representaba un matiz, una modalidad más ó menos relacionada con la idea primordial. Pero ya desde el principio se indicaba por los aficionados y etimologistas, la filiación desconocida de la palabra, la imprecisión de su significado y su procedencia vulgar.

No figura, en efecto, en los manuales corrientes de la lengua francesa, ni en los grandes Diccionarios de Larousse, Littré etc. ni en una multitud de vocabularios especiales. Y sin embargo, es un vocablo de gran antigüedad, por lo menos del siglo XVI; su significado es conocido; y se usó mucho en tierras españolas, por gentes cuyas pintorescas y abigarradas costumbres, dieron origen á una rama especial de nuestra literatura.

La desaparición del estudio de la gramática en el sentido que se daba á esta palabra por los humanistas del siglo de oro (la definición de Cascales es preciosa), ha hecho perder á la investigación filológica uno de sus mayores atractivos. La Naturaleza no es aristocrática ni meticulosa en sus operaciones. El lenguaje, como organismo vivo y en constante evolución, busca y recoge los elementos necesarios para sus creaciones allí donde los encuentra. Cuando una palabra se resiste á ser identificada, y es de buena cepa, hay que buscar sus raíces en el hablar plebeyo, antiguo ó moderno, nacional ó extranjero, cantera inagotable, fuente de los elementos primarios más recios y vigorosos que forman la riqueza idiomática.

La palabra BOCHE, extranjera, ya sea de origen picardo, danés, lemosín ó flamenco, se

nacionaliza en España y aparece en el vocabulario de germanía, en el dialecto rufianesco usado en los siglos XV, XVI y XVII, por los gitanos, pordioseros, vagabundos de todo linaje, pícaros y ladrones, gentes fuera de la ley, que en cuadrillas, tribus y partidas, recorrían Europa, Asia y parte de Africa, ejerciendo sus malas artes bajo apariencia de oficios más ó menos lícitos, como marchantes de ganado caballar, domadores de alimañas salvajes que exhibían en las ferias y mercados, caldereros, amaestradores de perros de caza y aves de cetrería, juglares y músicos.

Perseguidos por leyes especiales y por el odio popular, sin unión, aparentemente, por su vida nómada, mantenían entre sí relaciones muy estrechas y constantes, se avisaban cuanto podía interesarles, y se comunicaban y trasmitían los productos de sus robos y fechorías. La gente que no podía ser trashumante, formaba la base de operaciones, los arsenales y cuarteles de invierno de este ejército de parásitos.

Hablaban el idioma del país en que residían con más frecuencia, pero con un número extraordinario de palabras extranieras, acarreadas en el ir y venir por tierras extrañas, amoldadas á la índole de la lengua nacional, sobre todo en las terminaciones, en la formación de derivados y en la articulación de los tiempos del verbo. «Como es lengua de vagamundos (decía Mayans) se compone de los vocablos que han aprendido en varios países y les han parecido más apropiado para formar su algarabía.»

Los vocablos del lenguaje patrio eran alterados en su forma externa, disfrazados con adiciones y supresiones de letras, metátesis y truecos, y su significación cambiada por completo, á fin de que no los entendiesen las personas honradas. En la *Germania* española del siglo XVI, que se hablaba en el patio de Monipodio, en la cárcel de Sevilla, ó en las *esquitadas* (juntas) de ladrones del Albaicín, iban unidas las palabras de más clásica estirpe castellana con las francesas; al bobo, al hombre que se dejaba engañar le llamaban *dupo* (*dupe*); al astuto *sage*; se comía el *formage*, queso (de *fromage*) y se hablaba de cortar *la gorja*, garganta (de *gorge*); otras veces la palabra significaba la actitud del cuerpo ó de los

brazos en el momento de cometer el delito.

Cervantes, que conocía muy bien las costumbres, lenguaje y precedimientos de esta gente miserable, dió á uno de sus héroes el nombre germanesco de Cortadillo, que es una flor ó marca de naipes, usada por los rufianes en sus fullerías.

Hay *germania* francesa, hablada por los truhanes de la Corte de los Milagros, italiana, tudésca, etc. antigua, con sus frases, giros y vocablos arcaicos y desusados, y moderna. Pero hay diferencias esenciales entre el argot de los *pigres* que tenían por teatro de sus injurias las calles del viejo París, y el *caló* carcelario, usado solamente por los criminales de oficio. De modo que, las generalizaciones que hace Víctor Hugo, no tienen aplicación en la mayoría de los casos.

No por capricho, como se ha supuesto equivocadamente, sino por ley de misteriosa asimilación, muchos de estos vocablos de *nueva imposición*, como decía Mayans, se han incorporado al lenguaje de las clases acomodadas, se han colado como un *venticello* en las Academias y Diccionarios; han mejorado de posición, y las flores de pantano se han convertino en flores de invernadero. De esta plebeya y maleante germanía, hemos tomado el vocablo *chulo* y *chula* que significan muchacho y muchacha, y no otra cosa, aunque así se pretenda; de *rata*, faltriquera, y *ratero*, ladrón de faltriqueras, hemos hecho igual adopción; y otro tanto puede decirse de *payo*, *birlar*, etc. etc.

Para esta pillería que disfrazaba su cuerpo, su rostro y su lenguaje, hubo también momentos de dicha y alegría, su rayo de sol que cristalizó en canciones populares, jácarras, romances y tonadillas, cuya letra se ha conservado en parte y cuyo elemento lírico se perdió tal vez para siempre.

Sólo con una parte, muy reducida, de esta

literatura, formó una pequeña colección Juan Hidalgo (ó el que se ocultó bajo este nombre) y la dió á la estampa en Barcelona, año de 1609, con el título de: «Romances de Germania de varios autores», acompañada de un vocabulario, reimpresso por don Gregorio Mayans y Siscar, en sus «Orígenes de la lengua española» (Madrid, Juan de Zúñiga, 1737:—2 vol. en 8.º). En el tomo 2.º de esta edición, pag. 279, podrá ver el curioso lector, lo siguiente:

BOCHE: verdugo.

BOCHADO: ajusticiado.

BOCHERO: criado del verdugo.

La palabra BOCHE, recogida por la *germania* española y la francesa en un mismo lugar de origen, lanzada de nuevo á la corriente de la vida, por otros elementos y con distinto motivo, representa para el filólogo un caso curioso de supervivencia, y por su nueva acepción, el símbolo de un odio de raza.

En cuanto á su genealogía y ejecutoria, cosas de que tanto se paga la falsa democracia, tampoco por ellas podrá ser rechazada. Basta el hecho de ser la vieja *germania* lengua de perseguidos y dolientes, de víctimas y rebeldes, para que ya esté ennoblecida espiritualmente. Víctor Hugo ha dicho de ella: «edificio subterráneo, construido en común por todos los miserables, cada raza maldita ha formado una capa, cada padecimiento ha dejado caer una piedra, cada corazón ha dado un guijarro. Una multitud de almas criminales, bajas ó irritadas, que han atravesado la vida y han ido á desvanecerse en la eternidad, están allí completas, y en cierto modo visibles aún bajo la forma de una palabra monstruosa».

JOAQUIN BAGUENA.

El fraile Perico

—¿Pero de veras ignora usted la historia del fraile Perico?—dijo una tarde mi anciano acompañante, mientras subíamos la escalinata del Malecón.

—Sí, señor; no conozco más que la exclamación vulgarísima que dice:—¡Ya tenemos á Periquín hecho fraile!

—Sí, se dice Periquín, Periquillo y Perico á secas; pero tales nombres aluden á una sola persona. ¿Ve usted aquel balcón último del piso segundo?—añadió el viejo señalando al edificio suntuosamente reformado que integró la posada del Malecón cuando dejó de ser convento de San Francisco—pues ahí cuentan que estaba la celda del Fraile Perico.

Puse toda mi atención al servicio de mi interlocutor y, anda que te anda, Malecón arriba, me ofreció esta que él llamaba verídica historia, transmitida hasta él desde su vigésimo abuelo.

—Este barrio que vemos aquí á mano derecha—y señalaba el de San Antolín, cuyo caserío se domina desde el paseo—era parte de la Arrijaca, ó sea la Morería, y estaba separada de los cristianos por una segunda muralla.

En el tiempo de esta historia era alcaide de los moros un tal Mohamet el Viejo, nombrado así para distinguirlo de Mohamet el Mozo, su hijo. Además de este mozo tenía el alcaide una hija, de nombre Mary, que era la más hermosa doncella de toda la Morisma.

Un día se entró por la Arrijaca un morazo de Santarén, que así dicen que se llamó la Puebla de Soto, el cual morazo era un garrido mancebo de los más pudientes, y Mary se enamoró de él como herida por una flecha invisible. El de Santarén, nombrado Daly, se atortoló á su vez, viendo de cerca aquella hermosura, cuya fama había traspuesto los muros de la Arrijaca.

Y... lo que ocurre: los muchachos se entendieron; pero ella previno á su amante de la oposición de su padre, viudo, y de su hermano, mozo, que la querían egoístamente para sus cuidados familiares. Además, el joven Mohamet era indócil y pendenciero. Se le temía por tal más que á la autoridad de su padre, que era prudente y bueno.

La casa del alcaide tenía un hermoso raal,

como entonces se llamaba á los huertos, y á una reja de la tapia bajaba Mary, cuando entre dos luces, desde la azotea, divisaba la gallarda figura de Daly, antes de franquear por la Puerta de la Traición el vetusto muro que cerraba la Morería.

Acudía Daly subrepticamente á la reja, y por ella pelaban la pava los enamerados, no sin zozobra, por el temor de ser vistos.

En una de estas citas, la charla de los amantes se prolongó más de la cuenta. Había cerrado la noche y habían sido cerrados también las puertas y portillos de la Arrijaca.

Mohamet el Mozo sorprendió el idilio, esgrimió la brillante gumia é increpó al atrevido galán, cerrándole el paso.

Mary intercedió con voz suplicante. Suplicó también Daly que le franqueara el paso; pero el indomable mozo le acometió, ciego de ira. Entonces se abrió una puerta de la tapia del huerto y se interpuso, heroica y desolada, la hermosa Mary. Uno de los golpes del furioso Mohamet alcanzó á la infeliz doncella, que cayó sin vida. El amante, cuchillo en mano, acometió enfurecido y loco también, y mató á su enemigo.

Daly, libre el paso, huyó ensangrentado, llevándose la visión trágica de aquella escena de locura. Saltó el muro de la Morería, y á par de la Acequia Mayor, como tético fantasma, corrió hácia el convento de Predicadores.

Los dominicos diéronle asilo sagrado.

II

Mientras en la aljama mora ensordecían los gritos de dolor y el anciano Mohamet lloraba enloquecido á la vista de los cadáveres, el Alguacil mayor, noticioso de aquel suceso, distribuyó su gente para apoderarse de Daly.

Pronto husmeó que estaba en sagrado.—¡Ira de Dios!—exclamó colérico.—¡Juro que irá á la mazmorra, aunque lo amparen frailes!

Y con tal designio se encaminó á Santo Domingo; pero dieron en piedra su ira y su amenaza. Aquello era inviolable.

El Justicia acudió á los dos jueces ó alcaldes de la ciudad y éstos le animaron á violar por aquella vez el derecho de asilo.

Tornó el alguacil con refuerzo de gente; mandó echar á tierra la puerta del huerto del Monasterio, é irrumpieron en él, á mano armada, la justicia y sus sicarios.

El Prior, erguido ante el Alguacil mayor, re-

probó esta sacrilega violación y protestó en nombre de Dios y del Rey.

Al siguiente día, el obispo fulminó entredicho contra el concejo de la ciudad, en la persona del alguacil y los alcaldes.

III

El pueblo simpatizó esta vez con el Obispo. Además, el juicio popular absolvió de toda delincuencia al moro de Santarén y se revolvió contra los excomulgados jueces, que ya preparaban el suplicio del malaventurado preso.

A los pocos días, porque entonces los escribanos trabajaban poco, en un anchurón que formaba la Carretería frente al convento, de Franciscanos, se levantó el fatídico tinglado de la horca, donde había de expiar su delito el matador de Mohamet el Mozo.

El pueblo, advertido, se dió cita para impedirlo. Era poco más del amanecer cuando Daly fué trasladado desde la cárcel al patíbulo con fuerte custodia de hombres del Alguacil. Entonces se levantó gran escándalo y vocerío, contra jueces y sayones. La actitud del pueblo aturdió un tanto al justicia y los suyos; pero éstos, esgrimien lo sus armas, lograron abrirse paso.

Llegó la víctima hasta el verdugo, y cuando éste, entre el escándalo clamoroso de la multitud, enlazaba al cuello del moro la aflictiva cuerda, cual una visión extraña, ágil y veloz como un gamo, un fraile franciscano trepó súbito por la frágil escalinata, y, en el preciso momento en que el reo, empujado por el sayón, que lo pendiente en el vacío, el fraile osado, cuchillo en la diestra, segó la cuerda... (*)

—¡Admirable!—exclamé al llegar á este punto la interesante narración. Mi acompañante prosiguió:

—Segó la cuerda, y el cuerpo de Daly fué recogido en brazos de la muchedumbre. Esta se movió hostilmente contra el Alguacil y su corte. Hubo tajos, heridas, gritos y espante general.

—Pero ¿el moro...?—pregunté, excitada la curiosidad.

—El moro, tan vivo como usted y yo y el fraile salvador, porque no me negará usted que el fraile fué un «viv(» se perdió en medio del tumulto y en mucho tiempo nada se supo de él.

IV.

Abreviando este relato, diré á usted que el moro Daly fué escondido en el monasterio de San Francisco, donde se abrazó á la cruz del Cristianismo con el nombre de Pedro. Vivió abrasado en la llama de la fé, y cuentan que cuando vino á Murcia San Vicénte Ferrer, al alborear el siglo XV, le conoció y se llevó de él la creencia de que caminaba hacia la santidad.

Todo se llevó en el monasterio con gran sigilo. Los Padres le llamaban familiarmente Perico, y cuando éste tomó el hábito decían á los seglares protectores de la Comunidad:—Guarden reserva, eh? Pero sepan vuestras mercedes que «ya tenemos á Perico hecho fraile.»

Con la misma prevención de sigilo, en la ciudad se decían unos á otros:—Ya sabrás la nueva, compañero: —Y la nueva era que Perico se había hecho franciscano.

Dicen que la comunidad le sorprendió muchas veces en éxtasis y coloquios místicos con San Francisco. En tal guisa hubo de atisbarle un pintor, y hurtándose á la vista del moro converso, consiguió hacer su retrato.

Cuando después de tan santa vida, Dios le llamó á sí, se colocó el retrato en la celda vacía y contaban los frailes que su figura se nimbaba de noche de una luz celestial.

—¿Se habrá cumplido en él el presentimiento del divino predicador Vicente Ferrer?—pensaba la comunidad.

Fomentada esta opinión, hubo sus conatos de pedir la beatificación del Fraile Perico, pero la idea no cuajó por interponerse este raro acaecimiento:

Una noche, en que varios Padres acudieron á la celda vacía para contemplar la luz misteriosa del retrato, advirtieron con estupor que la mano derecha del Fraile Perico se coloreaba y se encendía como una llama de sangre.

Ante lo raro de suceso, se despoblaron todas las celdas y acudió la comunidad entera. Efectivamente, la diestra de Perico, larga y aguda, semejaba una flecha de fuego en el fondo sombrío del cuadro.

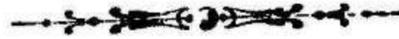
Sabios y prudentes, los franciscanos dedujeron que aquella mano sangrienta no podía ser adorada en los altares.

JOSÉ FRUTOS BAEZA.



(*) Este episodio es verídico é inédito.

— S O R A G U A —



— Dónde vas, Sor Agua, hermana divina,
dónde vas cantando tu canción sonora?
Sor Agua, en voz queda, cual reina y señora,
que pisando flores camina y camina,
dice en su sonata pura y transparente:

—Vengo de la sierra que me dió la vida;
rompí sus entrañas, luché enfurecida
contra los peñascos y me hice torrente.

Al verme en los aires, dije: ¡el mundo es mío!
y miré á los yermos y hacia ellos corría;
pero la invisible mano que me guía,
entonces me dijo: tu vida es el río.

¡Mi vida es el río...! Me eché en sus azares
y corrí contenta los cauces abajo,
hasta ahogar mis bellas canciones debajo
de las tormentosas aguas de los mares.

Pero se ha quedado llena de piedad,
riberas adentro, del mar á la sierra,
una acequia mansa besando la tierra
con amor de hermana de la caridad.

—Sor Agua, Sor Agua...—dicen de mí en pos
los tristes ancianos de la sementera.—
Sedientos morimos, divina enfermera,
besa nuestras plantas, por amor de Dios.

Y besa á la tierra la hermana piadosa
y vela al enfermo de noche y de día,
con el mismo celo con que velaría
al amado esposo la púdica esposa...

—Sor Agua, Sor Agua...—oigo en mi camino
Ya cogí las mieses que tú me has granado;
ya tengo en las eras el trigo aventado,
ven y mueve ahora mi viejo molino.

La piadosa hermana tiene compasión
y porque no falte pan ni aun al mendigo,
hace que las piedras triturén el trigo
y que en el molino suene una canción.

La canción sonora de la molinera
que en su copla dice: La hermana ha venido;

floreced, rosales, que nos ha traído
el pan á la hornada y el trigo á la era...

Sor Agua prosigue: reza en los zarzales,
suspira en las flores y gime en las bardas;
y duerme al amparo de las alabardas
de una doble fila de cañaverales.

La vega, á su paso, los ramajes llena
de colgantes cálices de varios colores;
y al besar en ellos, se encienden las flores,
como luces de una florida verbena.

Se hacen farolillos las tiernas corolas
en las que resaltan sus fulguraciones,
el áureo amarillo de los clavelones
y el rojo sangriento de las amapolas.

El granado luce todo su esplendor;
guirnaldas de fuego parecen sus ramas...
Los pétalos arden... Se ven cuatro llamas
en cada corona del granado en flor.

Cual trozo de luna la magnolia brilla
y las campanillas de la enredadera
cuelgan de los pardos troncos de palmera,
lo mismo que un regio pendón de Castilla
.

Suspirando en medio de aquella verbena,
Sor Agua prosigue... Camina camina
hinchando las hojas de la toronjina
y cuajando el tallo de la hierbabuena.

Y cuando triunfante va de nuevo al río,
en su cristalina toca, flotar veo
un botín de flores, que son el trofeo
que rinden las vegas á su señorío.

Igual que si fueran coronas reales,
arrastra las rojas flores del granado
y le rinden armas, yendo siempre al lado,
con sus alabardas, los cañaverales.

Y al llegar al río cargada de glorias,
escucha aun los cantos de versos divinos
que forman los cuatro chorros cristalinos
de una copla alegre, que cantan las norias.

P. JARA CARRILLO.

Murcia-Noviembre 916

Cultura murciana

LAS CONFERENCIAS

DEL ATENEO ESCOLAR

Fiel á su fin principal, esta simpática agrupación ha inaugurado su vida con una serie de conferencias, á que ha puesto límite, por ahora la proximidad de las vacaciones.

La labor de la Junta Directiva de esta inteligente asociación estudiantil, encauzando las aspiraciones de los socios que en ella depositaron su confianza, merece sinceros elogios.

Esta primera serie de conferencias, que han tenido lugar en el salón de actos del Círculo de Bellas Artes y en el del Instituto, ha estado á cargo del Comisario Regio de nuestra Universidad, señor Llovera, de los catedráticos señores Fernández-Nónidez, Font y Ruiz-funes, del Director de «El Liberal», señor Jara Carrillo y del Deán de la Catedral señor López Maymón.

En la primera disertó el señor Ruiz-funes sobre «Lo poético en el delito». Examinó, como antecedente, la estética de lo feo, aduciendo argumentos de algunos autores, Mario Pilo y Croce, entre otros. Dedujo de ahí la posibilidad de que dentro del delito haya elementos de belleza. Estudió luego la forma más bella del delito, el suicidio por amor, en su concepto individual, cometido por la pareja amorosa y evolucionando al homicidio. Como antecedente del asunto, expuso ideas sobre el amor normal y morboso y sobre la confusión y la colaboración en la pareja amorosa. Concluyó con consideraciones adecuadas sobre la necesidad de reformar las costumbres sociales y la educación de la mujer.

El señor Jara Carrillo dió la segunda conferencia sobre los «Estudiantes de hogaño». Dedujo del estudio de la vida estudiantil clásica y de la de nuestros estudiantes, el tipo culto y consciente del estudiante actual. Llegado á este antecedente glosó la obra, en general, de Marden sobre educación, enalteciendo el carácter, como base

fundamental del progreso interno, la voluntad como elemento de cultivo y la vocación como estímulo fundamental.

El señor Llovera disertó, en la tercera conferencia, sobre «¿Qué es una capital? ¿Murcia es una capital?» Toda capital supone una aristocracia, dijo. Es el poder directo; no actualista, sino fundamental. Hay en ella elementos históricos, que da el pasado, con elementos nuevos, referidos al progreso. Y siempre los elementos elegidos asumen su prosperidad y la orientación de esta prosperidad. Examinó la evolución histórica del concepto de capital, y la renovación del carácter. Un elemento estético, cultural, artístico forma la médula de una capital, y su aristocracia suprema, y directiva las mujeres, que son la inspiración y son el impulso; con preferencia, claro es, las mujeres bellas. Teniendo en cuenta este elemento, Murcia puede ser una capital.

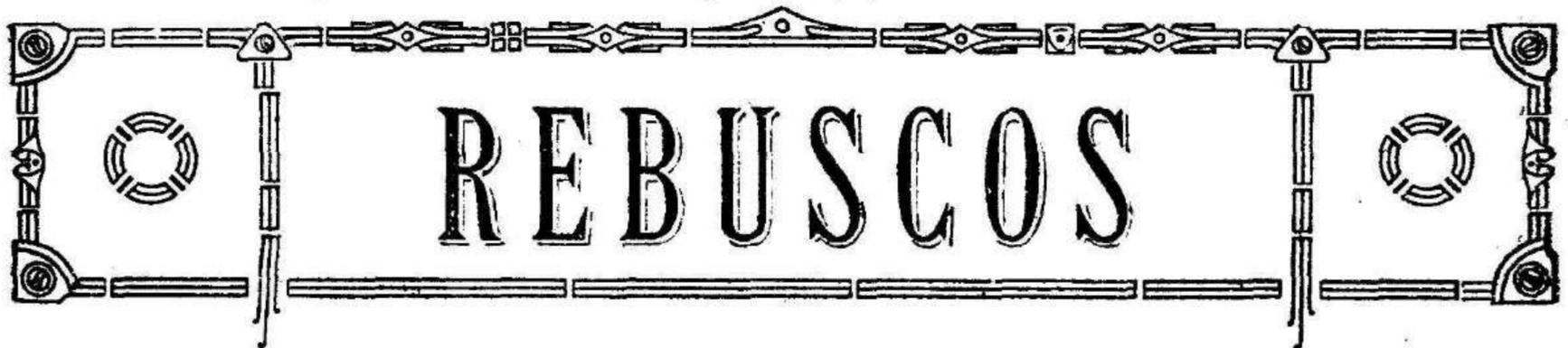
El señor López Maymón desarrolló en la cuarta conferencia el tema «Educación é higiene de la voluntad». Estableciendo los conceptos de educación é higiene, con referencia a la voluntad, encaminó los actos humanos, sujetos a su inspiración y los que no proceden, adecuadamente, de ella. Recomendó á los estudiantes que ajustaran al estímulo de una voluntad educada para el bien y la ciencia sus actos y su vida toda. Examinó los inconvenientes individuales y sociales de las enfermedades del querer. Realizó una excursión por las ciencias físicas para demostrar los efectos de la disciplina material, aduciendo las ventajas de la cohesión moral.

El señor Fernández Nónidez habló sobre «Teorías modernas acerca de la herencia biológica». En Biología, dijo, no se ha llegado á una conclusión sobre la materia. Ensayos admirables y deducciones llenas de luz son los llevados á cabo por Mendel. Expuso sus experiencias con vegetales y animales. Luego las reformas introducidas por biólogos posteriores en la obra de Mendel, sin alterar lo fundamental, que permanece; concretando, sólo en un concepto cuantitativo, la obra de este biólogo. Sobre la herencia psicológica, carecemos de observaciones dignas de mención. Estudios parciales solamente; tanteos, reflejos de la psicofisiología.

La última conferencia la dió el señor Font y Puig. «Ateneo escolar murciano», fué su tema. Saludó cordialmente a Murcia. Examinó el concepto Ateneo. Luego distinguió, a propósito de la sabiduría griega, los conceptos de ocio y negocio y la fusión que hizo de ellos el cristianismo. Alentó á los estudiantes a que perseveren en todo trabajo, que todo es noble por el ideal. Habló de nuestra personalidad histórica, invitándonos a sumergir las raíces de lo castizo

y lo autóctono en lo universal, en lo sintético; adujo, para demostrar su eficacia, sabios conceptos, tomados de las artes bellas y afianzó su afirmación estudiando la evolución de estas ideas en el terreno de la filosofía española y de sus antecedentes generales. Para toda obra de comunidad espiritual se ofreció á los estudiantes.

Nuestra enhorabuena a los conferenciantes y al Ateneo Escolar y su Junta.



REBUSCOS

Deseando despertar o avivar entre nuestros lectores y comprovincianos la afición por las investigaciones históricas y las curiosidades científicas y artísticas, vamos a reproducir en las columnas de OROSPEDA aquella famosa sección, que, con el mismo título que encabeza estas líneas, creó é hizo célebre el inolvidable don Andrés Baquero en «El Semanario Murciano», de grato recuerdo en los anales de nuestro periodismo y de nuestra cultura.

Al calor é interés producidos por aquellos *Rebuscos*, se fué formando la pléyade de eruditos que, desde entonces dedicaron todos sus afanes a desenterrar el pasado glorioso de esta Región y a ilustrar su historia, no libre hasta allí de las mantillas en que la dejara el Licenciado Cascales.

En aquellos brillantes terneos del saber, al entusiasmo de noble emulación y patriótico estímulo, surgieron o se consagraron nuestros más reputados eruditos: Acosta, Albacete, Martínez Espinosa, Fuentes y Ponte, Berenguer, Moncada, Tejera, el Conde de Roche, Martínez Tornel, Baquero, Díaz Casson y otros muchos, que nos han legado preciosas monografías é interesantes estu-

dios sobre nuestras antigüedades y nuestras Artes.

Para que una región tenga importancia de tal y carácter propio, necesita principalmente poseer una tradición artística e histórica llena de gloriosos recuerdos, que son como las ejecutorias de su personalidad y su nobleza; y aquellos eruditos demostraron que esta región levantina la tenía muy honrosa y con sello muy peculiar.

Exhortamos a nuestra estudiosa juventud a seguir sus ejemplares huellas; que el que conoce y hace valer las grandezas de sus ascendientes, honra e ilustra a su Patria y se honra y se ilustra a sí mismo.

Para exponer mejor el objeto de esta sección nos limitaremos a reproducir las mismas palabras con que el señor Baquero lo hacía al inaugurarla, en el núm. 20 de «El Semanario Murciano», correspondiente al 30 de Junio de '878. Decía así:

«REBUSCO. — *Correspondencia de curiosos y liter. t. s murcianos.*

»Con este título propongo la creación de una sección nueva en el *Semanario*.

«¿Recuerdan ustedes *El Averiguador*, que se publicó en Madrid por los años de 1870 a 1872? Era un periódico destinado principal-

mente á publicar preguntas curiosas sobre puntos de literatura, artes, indumentaria, costumbres y rarezas; preguntas más ó menos eruditas pero interesantes, que ocurriéndoseles a cualquiera y no sabiendo contestárselas, en vez de ponerse a revolver libros y papeles o a consultar archivos vivientes, las mandaba al *Averiguador*, por cuyo conducto llegaban á conocimiento de los aficionados a esta clase de pesquisas. Si alguno de ellos tenía noticia de lo que el preguntón deseaba, la dirigía al mismo *Averiguador*, el cual la publicaba haciendo la oportuna referencia. Y con solo esto resultaba una revista muy entretenida y útil, por el estilo de varias que ven la luz en Alemania é Inglaterra con grande éxito.

»Pues una cosa así es lo que yo propongo, sólo que, pues *El Semanario es Murciano*, la sección de *Rebuscos* debe tener naturalmente cierto tinte murciano también, aunque sin exclusivismo.

»Se admiten preguntas de todo el mundo, siempre que eucierren algún interés de cualquier clase que este sea, y se publican con un número al frente que sirva para hacer luego la referencia en las respuestas. Estas se van publicando en grupo aparte, según el orden en que se reciben. Y claro que no importa que haya varias referentes á una misma pregunta, con tal que sus explicaciones sean distintas.

«Preguntas y respuestas van por lo general y deben ir firmadas por sus autores, pues los que se envían en estos trabajos de rebusco suelen ser avaros de su erudición y gustan de que se sepa que son los primeros

en decir lo que creen que han sido los primeros en hallar.»

Comenzaremos nosotros la sección de *Rebuscos* paoponiendo por nuestra cuenta a los eruditos y curiosos que quieran favorecernos, unas

PREGUNTAS:

1.^a—*Puerta de la Traición*.—¿Por qué se llama así? ¿Qué traición pasó en ella, y en qué época? ¿Qué especie de fundamento puede tener la popular copla que cantan los chicos de esta ciudad al tiempo de llover y que dice: *Agua de Dios—que se moja el caracol—en la puerta de la Traición?* (Esta pregunta ya fué propuesta en «*El Semanario Murciano*» por don J. Albacete y contestada, no satisfactoriamente, por don José Martínez Tornel).

2.^a—*Ericas de Belchi*.—¿Cuál es el verdadero origen de este popular nombre de la toponimia murciara?

3.^a—*Licenciado Cascales*.—¿En qué Universidad obtuvo sus grados académicos nuestro insigne humanista? ¿Cuándo contrajo matrimonio y quién fué su primera esposa?

4.^a—*Damián Saluszio del Poyo*.—¿Fué realmente sacerdote, como se ha dicho, este famoso dramaturgo murciano?

5.^a—*El Dr Fray Juan Blanco de Paz*.—¿Qué fundamento tiene la afirmación de algunos autores que dan como natural de Orihuela á aquel tristemente célebre dominico, el más sañudo enemigo de Cervantes?



INFORMACIÓN

En honor de D. Andrés Baquero

Mañana, sábado día 2 del mes actual, se celebrará una fiesta literaria en homenaje al ilustre erudito murciano don Andrés Baquero y Almansa.

Organízala el Círculo de Bellas Artes y se verificará en el hermoso salón de actos que este Centro tiene en el Teatro de Romea, con arreglo al siguiente programa:

PRIMERA PARTE

«Alma murciana», por don Emilio Díez de Revenga.

«Don Andrés Baquero en su Cátedra», por el Presidente del *Ateneo Escolar*, don Gaspar de la Peña.

«Baquero poeta», por don Mariano Ruizfunes.

«Baquero humanista», por don Joaquín Báuena.

SEGUNDA PARTE

Andante de la 5.^a Sinfonía de Beethoven por el sexteto de don Antonio Puig.

Lectura de poesías originales de los señores don José Frutos Baeza, don Andrés Bolarín, don Francisco Frutos Rodríguez, don Enrique Soriano, don Andrés Sobejano y don Pedro Jara Carrillo; por las señoritas María Luisa Pérez Xembó, María Luisa Pardo, Elena Roig, Pepita Díez de Revenga y María Casalin.

«Las Golondrinas» (Pantomima), Usandizaga, por el sexteto.

TERCERA PARTE

«Baquero y Salzillo» por don Isidoro de la Cierva.

«El erudito y los poetas», por don Justo García Soriano.

«El recuerdo de Baquero», por don Vicente Llovera.

«Los ojos de la Torre», (fragmento de una

conferencia de don Andrés Baquero), leído por la señorita Caridad Bañón.

Dado tan atrayente programa y las personas que en él figuran, es de esperar que la simpática fiesta resulte un acto solemne, muy digno del gran Maestro a quien se dedica.

Procuraremos hacer de ella una detenida reseña en nuestro próximo número.

Gustavo de Maeztu

Se encuentra en Murcia el notable literato y afamado pintor Gustavo de Maeztu, representante en Madrid de la Asociación de Artistas Vascos.

Viene á esta ciudad, donde permanecerá una corta temporada, con el objeto de estudiar los tipos, las costumbres y el paisaje levantinos y sacar algunas impresiones para futuras empresas artísticas.

El gran talento pictórico del señor Maeztu, que con su moderna y vigorosa técnica ha obtenido grandes triunfos en recientes exposiciones mundiales, recogerá seguramente muy abundantes frutos en su estudio de las bellezas de nuestro país.

Accediendo á nuestros ruegos, el señor Maeztu nos ha prometido, para que aparezcan en nuestra Revista, algunas de las impresiones ó bocetos que trace.

OROSPEDA le anticipa las gracias por esta atención, que tanto la honra, y desea al insigne artista le sea muy grata su estancia entre nosotros.

Por exceso de original y necesidades del ajuste, no ha podido aparecer en este número un bien escrito artículo de nuestro compañero de Redacción, don Enrique Martí, sobre los plagios de los grandes escritores. Lo publicaremos en el próximo número.

LIBROS NUEVOS

En esta sección de bibliografía reseñaremos los libros más importantes que vayan apareciendo en España y algunos extranjeros, a fin de facilitar a nuestros lectores el conocimiento de las publicaciones más recientes que puedan interesar a sus particulares profesiones ó aficiones. Para mayor comodidad del lector, clasificaremos las obras por materias y, dentro de éstas, por orden alfabético del apellido de sus autores.

De un modo especial daremos cuenta y haremos minuciosa exposición y crítica de aquellos libros de que se nos remita un ejemplar. Esto interesa muy singularmente a los autores, editores y libreros, a quienes agradeceremos que, por lo menos, nos remitan lista o catálogo de las obras que publiquen y tengan a la venta.

CIENCIAS

INGEGNIEROS, José: *La cultura filosófica en España*.—Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

RAMOS MEJÍA, José M.: *Rozas y el Doctor Francia*. (Estudios psiquiátricos). La neurosis de Rozas. La melancolía del Doctor Francia.—«Editorial América».—Madrid.—3'50 pesetas.

READE, Prof. R. W.: *Para lograrlo todo*. Guía práctico para el empleo, en la lucha por la existencia, de las fuerzas naturales.—El hipnotismo y la influencia personal de todos.—Trad. de E. H. H.—E. Heras, editor.—Barcelona.—5 pesetas.

REY PASTOR, L.: *Introducción á la matemática superior* Estado actual, métodos y problemas.—«Manuales corona».—Madrid, 1916.

DERECHO

ALMENA, Bernardino: *Derecho penal*. Tomo I, vol. 2.º Traducida del italiano por E. Cuello Calón.—«Biblioteca de Derecho y ciencias sociales».—Madrid, Suárez, 1916.—6 pesetas.

DORADO MONTERO, Pedro: *El Derecho protector de los criminales*: (Tomo 2.º)—«Biblioteca de Derecho y Ciencias sociales».—Precio de la obra completa, 18 pesetas.

JIMENEZ DE ASUA, Luis: *El Derecho Penal del porvenir*.—*La significación del Derecho Penal en Suiza*.—Madrid, Hijos de Reus, 1916.—5 pesetas.

LIZST, Franz von: *Tratado de Derecho Penal*, traducido de la 20ª edición alemana por L. Jiménez de Asúa, con importantes notas adicionales de Quintiliano Saldaña.—(Tomo 2.º)—Madrid, Hijos de Reus, 1916.—9 pesetas.

MENDEZ DE VIGO, Antonio: *Propiedad industrial*: Comentarios a la ley y Reglamentos vigentes. Convenios internacionales revisados en el Congreso de Washington, (Junio 1911) e interpretación de los mismos, dada por el Congreso de Londres (Junio de 1912)—Madrid. Imp. de la Viuda de Antonio Alvarez.—1916.—5 pesetas.

SALDANA, Quintillano: *Defensa social y perfección social*, Discurso.—Madrid, 1916.

Historia, Biografía, Erudición y Crítica

BARDINA, don Juan: *Orígenes de la tradición y del régimen liberal*.—2.ª edición nuevamente revisada, reforzada con 650 notas marginales é ilustrada con 42 grabados.—Víctor, editor.—Barcelona, 1916.—5 ptas.

BAYO, Ciro: *Examen de próceres americanos*. (Los libertadores).—Sucesores de Hernando.—Madrid, 1916.—4 pesetas.

El secreto de Cervantes. Historia de un descubrimiento sensacional. Semblanza de su autor don Atanasio Rivero. Juicios de Ruiz Contreras, Icaza, Blanca de los Ríos, Puyol, Cejador, Unamuno, Rodríguez Marín y otros ilustres cervantistas.—Imp. Juan Pueyo.—Madrid, 1916.—3 pesetas.

ORY, Eduardo de: *Manuel Reina*—Estudio biográfico seguido de numerosas poesías de este autor no coleccionadas en sus libros.—Edición «España y América».—Cádiz.—2 pesetas.

PEREZ-RUBÍN, Luis: *La literatura del*

Quijote, (Homenaje a Cervantes).—Viuda de Montero.—Valladolid, 1916.—2'50 pesetas.

TRENT, Profesor William P.: *Historia de la Literatura de los Estados Unidos*.—Traducción de Francisco Lombardía.—Soc. Esp. de Librería.—Madrid.—6 pesetas.

NOVELA

CARMONA, Alfredo: *Apolo Sátiro, novela arqueológica para andar por casa*.—Sociedad Editorial de España.—Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

EL CABALLERO AUDAZ, (José María Carretero): *El pozo de las pasiones*.—Madrid, Viuda é hijos de Sanz Calleja, 1916. 3'50 pesetas.

GUARDIOLA, Antonio: *El Cura*.—«Biblioteca Museo».—Madrid.—3'60 pesetas.

MARQUINA, Eduardo: *La caravana*.—«Biblioteca Sopena».—Barcelona.—1 peseta cart., 1'25 enc.

PERT, Camila: *La Señora Cady*. Versión española.—Sociedad española de Librería.—Madrid.—3'50 pesetas.

TRIGO, Felipe: *Las sonatas del diablo*.—*En camisa rosa*.—«Biblioteca Hispania».—Madrid.—3'50 pesetas.

POESIA

CASTRO, Eugenio de: *La sombra del cuadrante*.—Trad. de F. Villaespesa.—Valencia.—1'50 pesetas.

VILLAESPESA, Francisco: *Baladas de cetrería y otros problemas* Prólogo de César E. Arriaga.—Madrid, Sucesores de Hernando, 1916.—3 pesetas.

VILLAESPESA, Francisco: *La fuente d*

las gacelas. Poesías.—Sucesores de Hernando.—Madrid, 1916.—3 pesetas.—Obras completas, vol. IV. *El alto de los bohemios. Rapsodias*. Prólogo de Manuel Cardía.—Sociedad General Española de Librería—Madrid, 1916.—3 pesetas.

TEATRO

ALVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín: *Marianela*, adaptación escénica en tres actos de la novela del mismo título de Pérez G. Illós.—Fé.—Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

BENAVENTE, Jacinto: *Teatro* (Tomo 23).—«La túnica amarilla».—La ciudad alegre y confiada.—Madrid, Sucesores de Hernando, 1916.—3'50 pesetas.

SASSONE, Felipe: *Dramas y Comedias*. («La Princesa está triste ..» - «Lo que se llevan las horas»). Sanz Calleja.—Madrid.—3'50 pesetas

VARIOS

BARDINA, Dr. Juan: 40 casos vivos de educación infantil.—Barcelona.—Victor, editor, 1916.—3 pesetas.

BENAVENTE, Jacinto, *Crónicas y Diálogos*.—Valencia.—1'50 pesetas.

HAMON, A.: *Las lecciones de la guerra mundial*.—«Prometeo».—Valencia.—2 ptas.

LLOYD GEORGE, David: *La victoria en marcha*. Trad. de Vicente Clavel.—«Editorial Cervantes».—Valencia, 1916.—2'50 ptas.

NIETZSCHE: *Lo que los alemanes pueden perder*. Con un estudio de Bernardo Morales Sanmartín.—«Editorial Minerva».—Valencia.—1 peseta.

Rogamos á las personas que reciban este número de ORÓSPEDA y no deséen suscribirse, lo devuelvan á nuestra Administración; de lo contrario los consideraremos para los efectos como suscriptores.